

# INFORME

DEL

## EXCMO. SR. MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO

EN LA SESIÓN DEL 29 DE MARZO DE 1904, CON MOTIVO DE UN ARTÍCULO PUBLICADO EN LA *Revue des Deux Mondes* POR MB. CHARLES BENOIST, CON EL TÍTULO: **El trabajo en las grandes industrias.**

**El Sr. Marqués de la Vega de Armijo:** La *Revue des Deux Mondes* de 1.º de Julio de 1902 publica un artículo de Mr. Charles Benoist, titulado «El trabajo en las grandes industrias». Empieza el autor por indicar cómo á medida que las sociedades progresan y se complican, se va dividiendo el trabajo, repartiéndose la actividad del hombre en una serie de oficios cada día más numerosos. Si es cierto que en los documentos que proceden del Ministerio belga de la Industria y el Trabajo no constan más que 172 profesiones, el Instituto de Estadística Internacional las hacía ascender hace algunos años al número más respetable de 499. Pero, ya sea una ú otra la cifra, este es un detalle sin gran importancia para el autor, que sólo se propone examinar el trabajo en sí, reconociendo la imposibilidad de llevar á cabo la información de cada industria, extendiéndola como desea *al trabajo, sus circunstancias, las enfermedades que de él provienen y la terapéutica del mismo*, es decir, de ocuparse detalladamente de cada uno de los fenómenos, cuyo conjunto

constituye el fenómeno principal de la sociedad moderna, ó sea *el trabajo*.

Ante esa dificultad el método más sencillo, á juicio del autor, es el que comienza por separar la industria del comercio, éste de la agricultura, etc.; y por lo que á la industria atañe, el dividirla en diferentes escalas, según su importancia.

Al hablar de la industria en grande escala se refiere Mr. Benoist á la que consta de establecimientos que puedan emplear desde 500 obreros en adelante, y declara que no trata en este artículo más que de ésta, á la que llama industria concentrada, con sus utensilios, capitales, población obrera reunida, para la cual el problema es muy distinto del de la industria dispersa. En Francia no pasa aquélla de 80 centros, pero en este número entran las minas, planchas, productos químicos, fábricas de hilados, de lana ó algodón; de telas de seda, guantes, sombreros y calzado; fundiciones, construcciones mecánicas y quincalla, máquinas y útiles, fábricas de porcelana, loza y cristal, sin contar los ferrocarriles, ni manufacturas del Estado; arsenales, polvorines, fósforos y tabaco, en fin, todo lo que tiene relación con la vida tradicional y la vida moderna del hombre.

Considerando que las grandes industrias son las que sostienen el problema social y político que hay que resolver hoy día, y en la dificultad de examinarlas todas detenidamente, se propone hacer una especie de monografías industriales declarando que se atiende sólo á hacerlo de aquéllas que realizan mejor el plan de concentración, ó más exactamente, la monografía de la población obrera de las minas, metalurgia, construcción, hilados, etc.

Como, además, la industria en grande escala tal como se ejerce ahora ha desorganizado casi por completo la familia

obrera, lo que está al alcance de las pequeñas industrias no lo está para aquéllas de que tratamos, que también varían por la naturaleza de las regiones en que se hallan.

El Norte de Francia y el Paso de Calais tienen minas de bauxita; pero las hay también en el Loira, en el Gard y en algunos departamentos del Mediodía. Aquellas, desde el punto de vista de su población obrera, difieren bastante de las otras, y lo mismo sucede con la metalurgia, la construcción mecánica, la cristalería, los hilados y los tejidos. Y esas diferencias existen asimismo entre ellas respecto á las condiciones interiores de la explotación. El autor se propone señalar y estudiar con la posible exactitud esas diferencias, y apreciar en cuanto es dable la verdad resultante que de ellas interesa á los fines de la política social. #

Plantéase, pues, en este trabajo un interesante análisis de la grande industria concentrada de nuestros días.

#### JVEIKT-A.S IDE O A . K B Ó N

Considera desde luego Mr. Benoist el trabajo en su estado normal ó de sanidad, para lo cual examina primero el trabajo en sí mismo, y después las que llama circunstancias del trabajo. Por el trabajo en sí mismo entiende todo lo que constituye la condición del obrero: salarios, remuneraciones suplementarias, duración de la labor y del descanso, tratados ó convenios personales de ajuste, con los datos positivos de cada industria, empresa ó fábrica, para ambos sexos y sus distintas edades. Y proponiéndose hacerlo con referencia á las minas, á la metalurgia, á los hilados, á la cons-

tracción mecánica y á los tejidos, empieza con la monografía industrial de una mina carbonífera de la región de Calais, prometiendo señalar de paso las más interesantes distinciones de suelo y de sistema, entre la cuenca carbonífera del Norte de Francia y las del Centro y del Mediodía.

El más seguro medio—dice—para conocer verdaderamente el trabajo del minero es bajar á un *foso*, ó sea al vasto recinto, antesala de la explotación, lleno de construcciones y máquinas diversas, alfombrado por el negro polvo, con sus altas chimeneas humeantes, sus pozos de extracción y ventilación y sus escaleras férreas para subir á las mesetas, unidas por puentes también de hierro. Allí os espera el ingeniero *cicerone*, que os lleva ante todo á la *sala de baño*, donde os vestís la blusa gris, el ancho pantalón azul, os ceñís el recio cinturón de cuero, os ponéis el casquete y el sombrero, también de cuero, que lo asegura, os calzáis los zapatones de gruesos clavos y os proveéis de la lámpara de seguridad bien encendida. En seguida tenéis que subir á la altura donde está la boca de la mina, cuyo *portero* os hace entrar en una de las literas ó berlinas que suben y bajan al abismo y anuncia vuestra visita á lo profundo con toques de campanillas eléctricas.

La gran rueda que mueve el ascensor, gira; la gran cadena de tracción, se deslía; el descenso suave y rápido de tres minutos os acostumbra pronto á la obscuridad, y la parada apenas se siente. Ya estáis á quinientos metros bajo la superficie terrestre, donde habéis dejado el mundo y las ciudades habitadas. Otra ciudad tenebrosa os brinda la entrada de sus negras galerías ó calles. ¿Qué vais á encontrar en ellas? ¿Hombres también, ó *mártires*, como ellos mismos se llaman? Pronto lo sabremos. He aquí el jefe ó empleado principal del *foso* que sale á recibirlos y á quien llaman

*portón* (corruptela en *patois* belga del *poireau* ó *puerro* español, sin que se nos alcance el fundamento de la aplicación del nombre de la hortaliza).

La importancia funcional del *porión* es grande. Tiene la confianza de sus altos jefes, asegura la estabilidad del complicado servicio y está bajo sus órdenes todo el personal del *foso*, el cual se subdivide en *cuarteles*, ó grupos de cortes (*tailles*) ó secciones explotadas.

En esta mina hay cuatro ó cinco cuarteles por *foso*, cada uno con su *subporión* acompañado de un vigilante para el servicio de día. En el de la noche sólo funciona la mitad, ó sea uno ó dos *poriones* por *foso*. El vigilante respectivo se ocupa exclusivamente de los pozos de extracción; misión delicada, de la que á cada instante pueden depender muchas vidas.

"El *porión* de día cuida de la seguridad del trabajo, que viene á presidir desde las siete de la mañana; designa los hombres de cada *corte*, según su capacidad física, señala sus respectivos sitios á los nuevos ó recién llegados, y ejerce respecto á los niños ó muchachos empleados en cada galería una especie de tutela; discute y conviene con los obreros el precio de la faena, apelándose, en caso de discordancia, al *porión*, jefe de todo el *foso*, que resuelva.

Si éste cree que los salarios son, en efecto, bajos en algún cuartel, lo participa al ingeniero. Tiene, pues, un cargo muy delicado, como intermediario entre los trabajadores y la Compañía, entre el trabajo y el capital, con la responsabilidad de la paz ó de la guerra, que exige mucho tacto y mucha sangre fría. Sus inferiores, los *poriones* de cada corte, son respecto de él lo que él es respecto del ingeniero, y le dan cuenta cuando creen que los obreros de alguna sección no ganan lo suficiente. Ordenan, además, cada ma-

nana, la provisión de herramientas y utensilios, pasan rigurosa lista, piden la sustitución de los que faltan, hacen sacar y transportar el carbón, consolidan el andamiaje de los depósitos ó almacenes y la seguridad de los planos inclinados ó pendientes de la extracción.

Los *portones* jefes, los de corte y los vigilantes son, pues, militarmente hablando, los oficiales de la mina; los obreros son los soldados, y bien pueden considerarse como ejército esos millares de hombres, que tanto necesitan, como todas las masas, de la disciplina y de la jerarquía. Es, por tanto, cada *corte ó taille* un pelotón, una escuadra ó sección de compañía. Compónese cada una de media docena de obreros y un par de auxiliares, como máximum. El *minero* propiamente dicho, ó sea *hombre de filón*, arranca el carbón, abre la galería, coloca los maderos de contención y los railes de conducción. El auxiliar lleva todos los días al *corte* las vigas necesarias, llena de mineral los carros de mano y los hace rodar hasta el plano inclinado del vaciadero. En el resto de la jornada trabaja en el filón como aprendiz para instruirse en el oficio. Entra como tal á los diez y seis años de edad, sale de allí cuando el servicio militar le llama, y cuando éste concluye vuelve á la mina, ya como obrero de *pico* en regla. Cada grupo de corte tiene su jefe, más ó menos honorífico, y que asciende, ó por antigüedad ó por elección, á *caporal ó caler*.

- En torno de todos estos *portones* jefes, *portones* de *corte*, vigilantes, obreros de filón y auxiliares, que son el personal activo de la mina, bulle y se agita otra muchedumbre que se ocupa en los servicios de ayuda, como los leñeros, fumistas, chiquillos que empujan los carros llenos en las pendientes, arrieros para los caballos que llevan las vagonetas desde la base del plano inclinado hasta la del gran

pozo de extracción, veterinarios que cuidan de esos mismos caballos de arrastre, cuya mayor parte no vuelve á ver la luz del día, ni á pacer en el campo, porque tienen su cuadra á la entrada del *foso*; y allá arriba, en *la boca*, todo el tropel de los recibidores y descargadores del mineral.

Una vez subido el carbón á la boca, ya entra en funciones este personal *de arriba*, que se divide en dos grandes secciones: la de la fuerza motriz y talleres, y la de la carga de los vagones, cuyos<sup>1</sup> actores se descomponen en numerosas especialidades de cargadores, maquinistas, caldereros, criadores, etc. Esta última faena está generalmente encomendada á mujeres y niños. Total, veintiséis ó veintisiete clases de operarios para *abajo* y diez y ocho para *arriba*. Y esto basta para dar idea exacta de la complejidad del trabajo en las minas de hulla.

## II

Pero á todo ese conjunto de componentes del trabajo de *ejecución* ó manual corresponde necesariamente, y lo preside y lo rige, otro gran trabajo intelectual, ó sea una *dirección*, que también es preciso conocer, porque hay entre ellos, entre las dos grandes partes de esa actividad industrial, una solidaridad vital, por decirlo así; y conocer la una sin la otra, es de seguro conocer mal las dos.

En realidad el Director, secundado por sus oficiales ó subalternos de varios grados, es quien representa al capital cerca del trabajo, y á éste cerca de aquél, haciéndose en su persona, en su gestión, la soldadura, digámoslo así, de los dos factores de la producción. El, naturalmente, dirige; y responsable ante el Consejo de Administración de la Compañía, tiene en cambio poderes amplios que le dan sobre la

mina una autoridad casi monárquica; y á su lado funciona un Secretario, que tramita todos los complicados ramos ó asuntos del negocio, así del servicio técnico como del administrativo, comercial, contencioso y de contabilidad.

El servicio técnico se subdivide en el de *abajo* y el de *arriba*. El de abajo busca y *produce* el carbón, lo extrae y lo carga en los vagones, y lo entrega al comprador; todos los edificios y máquinas del *foso* pertenecen á este trabajo del fondo. A su cabeza se halla un ingeniero jefe con otro ingeniero principal, como su delegado, con los ingenieros *divisionarios* distribuidos en los *cortes*. Todos los incidentes del personal, de los precios, reclamaciones y dificultades de todo género les están sometidos. Y hay, en fin, una última clase de ingenieros *aspirantes*, que están en expectativa de puesto y en calidad, puede decirse, de alumnos que se instruyen acompañando al ingeniero ordinario en su visita cotidiana, y aprendiendo el sondaje, el manejo de las máquinas, el mando de los obreros y la contabilidad.

El otro servicio técnico, el de *arriba*, íntimamente ligado por necesidad con el de *abajo*, entiende á su vez en todas las necesidades de la superficie y cuenta, por lo menos, con cinco ingenieros dirigidos por un jefe. A cargo de ellos corren las oficinas de estudio, los trabajos especiales del día, los ferrocarriles (unos treinta kilómetros de vía) que sirven á las herrerías, á las fábricas y al *foso*, los talleres, los lavatorios, los hornos de *cok*, los ensayos y los análisis.

Proceden estos ingenieros, unos de la Escuela de Saint-Etienne, otros de la Central y otros de la de Artes y Oficios; todos politécnicos.

Concíbese, pues, fácilmente la importancia actual de estas industrias. Una de estas minas es ya algo más, mucho más que un simple agujero de donde se extrae la hulla. Y

compréndese no menos la inmensa diferencia que existe entre estas explotaciones de nuestros días y las antiguas; ¿qué era, en efecto, en el siglo XVIII, á raíz del nacimiento de la grande industria moderna con todos sus progresos y grandes medios de actividad, una de estas explotaciones?

Comparemos, aunque sólo sea á vista de pájaro, los dos cuadros que ofrecen la mina antigua y la actual. Aquél nos presenta el área de entrada limitada por un muro en uno de sus costados; la boca hecha en forma de una simple hendidura abovedada; en un rincón cerca de ella, el pozo de extracción; con sus bien escasos utensilios, que no pasaban de un juego de poleas, una cadena entre cuatro montantes y un pobre caballo que da vueltas como en una noria, seguido perezosamente por un hombre. En la explanada dos pobres casas, una habitable y otra almacén ó depósito. Un minero con el pico á la espalda se adelanta hacia dos individuos que esperan sentados y que son dos obreros, preparándose á bajar al fondo á dos clientes á quienes se ha invitado á tener paciencia hasta que haya carbón fuera. Cárgase escasamente un carro que se va tirado por una sola acémila y seguido por un mozo de descarga. Otro carro que llega en busca de carga por el camino tortuoso y fangoso del monte. En la casa habitable vive el patrón, que hace su comercio de carbón al por menor.—Tal era la mina antigua, la mina de 1750.

Veamos ahora en el mismo cuadro, ó paisaje, al pie de la misma montaña, la mina moderna. Sobre su explanada perfectamente lisa se cruzan en curva los railes: los vagones se cuentan por centenares, y los almacenes, oficinas, talleres y presas de agua se disputan el terreno por pulgadas.

El humo de las herrerías y locomotoras, y su hálito ronco, seco y precipitado, son la respiración de un ser formidable y viviente debajo y sobre la tierra. Allí se rebulle todo un

pueblo que va y viene, sube y baja, sin que el trabajo se pare ni se suspenda nunca. La mina produce, el vagón carga y transporta, la fábrica recibe y transforma.

Y todo esto no es sino la mitad de esa vida desbordante y trepidante, pues no basta producir, transformar y transportar; es preciso vender. Y allí, al lado del servicio técnico ó productivo, está también el servicio administrativo y comercial, con su ingeniero jefe y otro auxiliar, grandes conocedores, por su profesión, de la materia explotada. El servicio comercial trata directamente el negocio en las cercanías de la mina, y más lejos, todo lo más lejos que puede hallar demandas. La mina tiene su radio de venta determinado por su poder productivo en primer término, y después por la facilidad, la rapidez y la baja tarifa de sus comunicaciones, y hasta por la situación de sus puntos de partida. Este radio de venta, este círculo de actividad mercantil, está dividido en *secciones*, cada una de las cuales tiene su *agente* ó *corredor*. El jefe del servicio comercial, una vez vendido el carbón, lo expide á su destino en vagones, cuando el contrato es por vía de tierra; y cuando es por mar, ó por canal, como sucede en el Norte de Francia y en el mismo paso de Calais, lo manda en barcas chatas ó balsas (*Chalands*); y en este caso une á su cargo el de *Jefe de playa*, ó capitán de puerto de la Compañía.

Pero toda producción consume, y la mina, que produce abundantemente, consume de igual manera. A esta necesidad acude el *Jefe de provisiones*, facilitando todo lo necesario *abajo y arriba*, con arreglo á las peticiones del *Jefe de almacén* y con la ayuda de un agente encargado de la adquisición de la leña, que la mina devora en cantidades enormes.

No se ocupan, por último, tantas hectáreas de terreno; no

se tienen ocho ó diez pozos de mina en explotación, tantos talleres y fábricas y caminos de hierro; no se ocupa á millares de hombres en toda suerte de trabajos; no se conserva un dominio industrial y otro agrícola de esa importancia, y tantas propiedades diferentes sin sufrir por necesidad natural accidentes, procesos, enredos, é impuestos ó gabelas. Y á todo esto atiende *el jefe de lo contencioso*; y todo esto, como lo demás, va á parar en el órgano central de toda empresa grande ó pequeña: en la Caja.

Así, pues, cinco ó seis mil obreros, formando cuarenta y cuatro ó cuarenta y cinco categorías; dos grandes ramas de servicios, el técnico y el administrativo, subdividido el primero en dos y el segundo en tres ó cuatro ramas secundarias; un cuadro, ó mejor dos cuadros de sub-oficiales *de arriba y de abajo*; veinte ó treinta ó más ingenieros ocupados en diez ó doce ramos diferentes; tal es la división, la distribución, la organización del trabajo en las minas. Y justo es decir que si toda esta disciplina, y todas estas categorías y todas estas coordinaciones no constituyen una grande y admirable organización, hay que desesperar de hallarla en otra industria alguna.

Fáltanos ver ahora cómo se reparten, por edades, esas diversas categorías de los obreros de las minas; qué duración de trabajos se les impone, qué corrección sufren, qué retribuciones ó jornales cobran, y en qué verdaderas condiciones viven en la *ciudad obscura*.

## III

La mina de que se trata ocupa á más de cinco mil quinientos obreros (5.647 en el penúltimo invierno).

Los muchachos son admitidos á los trece años de edad, que es la fijada por la ley. Los hombres permanecen allí, si quieren, hasta que les llega la vejez y la falta de fuerzas, sin limitación precisa de edad. La quinta parte de los trabajadores jóvenes es de quince á veinte años. Los de veinte á veinticinco se van cuando los llama el servicio militar, salvo los exceptuados. Los de veinticinco á treinta vuelven casi todos. En el último año se fueron 1.051 de quince á veinte años y volvieron 1.006 de veinticinco á treinta. ¿Será que la *ciudad negra* tiene también su atractivo y que el trabajo en ella es menos duro y está más recompensado de lo que se cree generalmente? Lo cierto es que el minero es mucho más fiel á la mina que los demás braceros á sus oficios. Cuando regresa del ejército es cuando se fija allí definitivamente, y asciende de auxiliar á hombre de filón, y entra en su *corte* y se declara minero perfecto.

Los de quince á veinte años y los de veinticinco á treinta son la gran mayoría del personal. De treinta á treinta y cinco había últimamente 780; de treinta y cinco á cuarenta, 642; de cuarenta á cuarenta y cinco, 491; de cuarenta y cinco á cincuenta, 290; de cincuenta á cincuenta y cinco, 189, y de más de cincuenta y cinco, sólo 47.

Respecto á los años de servicio existe una proporción análoga. De 5.647 obreros, más de la mitad (2.995) cuentan de uno á cinco años; de cinco á diez años apenas llegan á 1.000; de quince á veinte años no llegan á 500, y de veinticinco á treinta unos 200. Estos son viejos servidores de la

Compañía; y los patriarcas, los de más de cuarenta años de servicio, no llegan á 20; un 3 por 1.000 del personal completo. Estos datos aritméticos se tendrán, sin duda, muy en cuenta cuando se haga la ley definitiva de los retirados del trabajo.

Lo mismo pasa á este respecto en las minas de la región del Loira, y, en general, en el conjunto de las demás industrias mineras de Francia.

Para saber ahora si el trabajo del minero *usa* y acaba al hombre más pronto que el de otras industrias, consultemos los siguientes datos estadísticos de auténtico origen: los obreros de cincuenta y cinco á sesenta años de las minas de hulla son un 6 por 100; los de la metalurgia son 7; los de industrias textiles son 8; el carbón ocupa el primer lugar en esta triste escala.

La duración del trabajo es en Francia, por regla general, de nueve horas diarias, según la última información oficial hecha á petición de la Cámara de Diputados, aunque haya departamentos en que sólo es de ocho horas, como sucede en el Norte y en el Paso de Calais. En el Centro y en el Sur, las nueve horas subsisten, dándose el hecho, comprobado y sin excepción, de que las Empresas que ocupan y sostienen mayor número de obreros son las que menos horas de labor les imponen, lo mismo de día que de noche.

La distribución de la jornada es como sigue: llegada á la mina á las cuatro y media de la mañana, y á las cinco al *corte*; trabajo hasta las ocho; almuerzo, de ocho á ocho y media ó nueve; segundo trabajo, hasta la una; de una á dos se da de mano, y se deja la galería y se sale de la mina.

El descanso dominical se cumple por todos tradicional y fielmente, y con gran dificultad se intentaría suprimirlo.

Tiene, pues, el trabajo de la mina sobre el de otras in-

dustrias, y en primer término; la importante ventaja de la relativa menor duración, que no pasa de las nueve horas diarias, siendo así que, por ejemplo, para los picapedreros, vidrieros, metalúrgicos y constructores mecánicos, pasa de las diez horas. Pero este trabajo más breve, ¿es, en cambio, más intenso, pesado y duro? Veámoslo.

La faena principal y esencial del *piquero* ú hombre de corte consiste en horadar por su base la capa de carbón para conseguir luego derribar toda la masa de un solo golpe, bien por medio de barrenos si la ausencia del temible gas *grisú* lo consiente, ó bien á golpes de pico; la cuestión es hacer caer en el menor tiempo posible la mayor cantidad de carbón. Esta es la parte más penosa del trabajo. En el momento de la caída de la masa socavada la cuadrilla se aleja, huyendo del polvo y del humo, y no vuelve hasta que se disipan. Esto sucede ordinariamente á las ocho de la mañana, poco antes del almuerzo. A la vuelta al *corte* cambia el trabajo; se quiebran en pedazos menores los grandes desprendidos, se limpian de piedras, se hace resbalar la huella hasta las vagonetas, se colocan los maderos que la rotura del techo exige y se arrancan los trozos de carbón que han quedado fijos, aunque rotos, en el muro. Esta tarea se hace de pie cuando el espesor de las capas lo permite. El jefe del corte responde del buen éxito, y no deja su puesto hasta que queda bien preparado el trabajo del día siguiente y bien expedito el frente de la excavación. Los demás obreros auxiliares van en pequeños grupos completando aquí y allá los detalles de la principal operación.

Tal es, en substancia, el trabajo en el fondo de la mina. Y claro es que en las que tienen poco *grisú* y permiten ampliamente el uso de carretillas, ese trabajo no es ciertamente peor que otros muchos, aunque el humanismo literario, filo-

sófico y poético diga y pondere otras cosas. Además, los sucesivos progresos han ido y van mejorando las condiciones de la labor. Ya no existen, por ejemplo, aquellas bajadas antiguas de plano inclinado por donde los operarios se dejaban ir, ni aquellas escaleras hechas en el carbón mismo por donde subían los hombres con una carga de 74 kilogramos y las mujeres con una de 50. El vapor y la grúa han acabado con esas penalidades. El más grave de los peligros, las explosiones del *grisú*, puede decirse que está ya conjurado por la lámpara de seguridad de Davy. La falta de ventilación, que tantas víctimas causaba, está remediada por las galerías de aereación y por las grandes mangas conductoras que mandan incesantemente desde arriba el fluido vital, manteniendo hasta en las mayores profundidades una ventilación que no alcanzan á tener la mayoría de los talleres. Estas condiciones mantienen, á no dudarlo, el *amor á la mina*, que se transmite y hereda de padres á hijos y que no es, por cierto, un hecho ó fenómeno nuevo. En 1.605, Marcelino Allard, describiendo las minas de Saint-Etienne, decía en su *Gaceta Francesa*: «La población de esas regiones de topos está de tal modo acostumbrada, que goza con su obscuridad y desprecia la luz celeste.» Todo esto, no obstante el recuerdo de cien catástrofes inolvidables, atenúa en mucho el valor de esas conformidades relativas.

Mr. Benoist resume sus impresiones sobre la mina diciendo: Yo veo las ventajas, pero veo también los daños. Yo sé que la jornada es más corta allí que en otras partes, y ya tendré ocasión de hacer saber que el salario no es menor. Pero sé también que hay pocos mineros de más de cincuenta años, y que viven muy pocos de más de sesenta. Esta es la verdadera condición del trabajador del subterráneo; y apoyándome imparcialmente en ella, digo que esa

vida no es un Edén, ni un Infierno, sino simplemente un Purgatorio, como lo es, por lo demás, en el resto de esta Tierra donde tenemos que ganar el pan con el sudor de nuestras frentes, y á la que la Escritura no ha llamado en vano valle de lágrimas.

\* \*

*Posteriormente, y en dicha Revista, han visto la luz otros estudios análogos de Mr. Benoist, referentes á diversas industrias.*

*La necesidad de poner término al volumen de Memorias „ de la Academia, nos priva del gusto de dar á conocer aquellos trabajos en la forma del presente, recomendando su lectura por el interés que ofrecen.*